

Trauma y repetición

Repetir a través de las generaciones

INTRODUCCIÓN

El psicoanálisis, empresa de liberación del pasado traumático, ejercicio de memoria en transferencia, convoca a recordar; pero para el análisis de muchos pacientes se hace necesario no sólo la investigación de sus experiencias personales, sino también el esfuerzo de rastrear situaciones trascendentes que habrían dejado su marca en las generaciones anteriores, a los efectos de poder formular una historización que logre resignificar su padecer presente.

La experiencia demuestra que hechos ocurridos en un tiempo anterior a su nacimiento e historias que aparentemente no le pertenecen se revelan con frecuencia constitutivas de su psiquismo. Es decir, aquello que en los padres no ha podido encontrar su inscripción psíquica, su figuración imaginaria, corre el riesgo de hacer retorno sobre otro, designado en la genealogía para reproducir sin comprender.

Sucesión sin fin que se perpetúa de una generación a otra, desafiando el paso del tiempo.

Ahora bien, la situación psicoanalítica aparecería como la ocasión privilegiada para detenerse a pensar sobre uno mismo, autoriza la reconstrucción en presencia de otro de una historia profunda de la familia, permite descifrar los fantasmas de identificación, transgredir la ley del silencio, y lanzar una mirada diferente sobre los terrenos prohibidos del inconsciente.

En el campo de trabajo de un psicoanalista, la realidad o verdad histórica está presente en la transferencia-contratransferencia, y ese presente se transformará, mediante la interpretación, en un recuerdo y un relato que constituye genuinamente a la historia. El grado de coincidencia de ese recuerdo, o ese relato, con lo ocurrido será teóricamente incognoscible, porque además los acontecimientos "pasados" sólo constituyen historia en función de su significado.

Así, la historia del análisis nunca será la simple recuperación de aquello ocurrido en la realidad, sino que, por el contrario, deberá conducir a una construcción, que siempre será ficticia, pero que permitirá reencontrar la realidad psíquica del sujeto. No es nuestra intención buscar, como si acaso ello fuera posible, el recuerdo o la construcción del hecho real puro, sino tratar de lograr la elaboración de la categoría de pasado diferenciando las generaciones, lo cual permitirá un nuevo reordenamiento simbólico.

Freud tuvo que diferenciar el trabajo del psicoanalista del trabajo del arqueólogo. Éste, decía, opera con materiales destruidos; el psicoanalista, con algo aún vivo. Es decir, cuando reconstruye un trozo de historia, se encuentra con recuerdos encubridores que mantienen vivo lo reprimido, con asociaciones que hacen emerger el material olvidado, con sueños que lo animan, con conductas que lo repiten. Y la transferencia será el lugar privilegiado en que el analista podrá captar "in vivo" la repetición.

LA PREHISTORIA

Como al emprender el análisis de un niño o adolescente contamos con una serie de datos provistos no sólo por el paciente, sino también por sus padres, forzosamente entonces, debido a esta peculiaridad, el material llevará hacia la prehistoria, a hechos que ocurrieron, o que se dijeron, o que se ordenaron de acuerdo con un mito intrincado a la trama histórica, mucho antes que el paciente estuviera vivo. Lo cual nos permitirá constatar que aquello que queda enterrado en un progenitor puede transmitirse al psicoanálisis de un hijo, en identificaciones inconscientes solidarias de una historia que encadena a dos o tres generaciones.

Más aún, en ocasiones, ante la percepción de rasgos identificatorios de generaciones precedentes, tenemos a veces la siniestra sensación de estar en presencia de un "fantasma", habitante de las profundidades del paciente que pugna por emerger. Nos preguntamos sobre el modo como se introdujo en tan recóndita morada; ni qué decir que nos preguntamos sobre el modo de desalojarlo.

El "fantasma" tendría la función de objetivar, de darle lugar y representación al blanco que ha creado en el descendiente el ocultamiento de aspectos importantes de la vida del objeto amado; resultaría del pasaje, de modo enigmático, del inconsciente de un padre al inconsciente de un hijo. Este último habría sentido y ubicado, en uno de los padres, señales, signos, afectos o algunas palabras que incorpora, pero que no logran constituir una cadena de representaciones, un desarrollo asociativo, sino que crean un blanco en la posibilidad de construir un decir propio. Indicaría los efectos sobre el descendiente de aquello que para el progenitor tuvo la cualidad de una herida, una catástrofe psíquica.

La constatación clínica de tales repeticiones, identidad de destinos, eco fantasmático, es frecuente si se tiene la escucha pendiente. Cuando en el hijo se reencuentra la historia traumática del padre, nos enfrentamos al monólogo repetitivo que atraviesa las generaciones, lejos, muy lejos del fluir de las resignificaciones.

Pero será preciso no olvidar que el peligro del enfoque reduccionista está siempre acechando, de modo que tomar la prehistoria como único factor causal puede llevar a que la historia se desvanezca, o despojar de su peso a la vida imaginaria, lo cual no dejará de pesar en nuestra intervención como analistas. Por ese camino acabamos escuchando y atendiendo sólo lo que viene de los padres, abuelos o más atrás aún, y sólo asignando valor a aquello que está relacionado con los mitos y las narrativas familiares.

Motivo por el cual las construcciones transgeneracionales no tienen por qué constituirse en horizontes obligados del pensamiento, o en una especie de proceso a las generaciones precedentes a las que con seguridad fácilmente se puede enjuiciar. Más bien, podemos afirmar que pueden llegar a ser extremadamente útiles en ciertas curas difíciles, al poner en discurso, en-

tre las diversas generaciones, lo que permanece repetitivo y actuante. Ya que tan sólo en la interioridad del proceso analítico se podrá llegar a reconocer la significación psicológica de cada hecho, de cada situación, para ese sujeto que acude a la consulta. Y la historización propiamente dicha recién surgirá en el movimiento transferencial, creando causalidad donde no la había, aportando eslabones a aquello que no estaba conectado, develando enigmas que el sujeto ignoraba poseer.

EL SÍNTOMA ACTO

Martín, adolescente de 15 años, llega a la consulta acompañado por su padre después de un intento de "violación" a su hermano (5 años), experiencia ésta que lo avergonzaba y por la cual se cuestionaba dolorosamente.

Es una de las características del síntoma-acto aparecer así, imprevistamente y en la masividad de lo único. Pero, producida la irrupción, el acto comienza a perfilarse en una historia pasada, y los recuerdos reaparecen revelando sus causas, sus orígenes, y a veces incluso sus soluciones.

LA "CIUDAD OCULTA"

Dice Martín en su primera entrevista:

"Me siento mal, como cansado, me paso todo el día tirado en la cama pensando cualquier cosa, no tengo ganas de estudiar, de salir, ni de hacer nada. Vivo con mi madre, no me llevo mal, pero tampoco tengo mucho para compartir. Ella está muy sola; cuando salgo me siento mal porque pienso que la dejo, yo le digo que salga, que se divierta, pero ella dice que no quiere, que no le interesa. Con mi viejo me llevo bien, pero ahora nos vemos poco, por lo que pasó..., antes me quedaba a dormir, iba a la casa que tienen en el country casi todos los fines de semana, al principio mi vieja no me dejaba, pero un día me animé y le dije que yo quería ir, que no me lo podía prohibir, y así fue como empecé a quedar-

me, pero ahora ya no voy más, porque no quieren que vaya..., bueno..., por lo que pasó..., bueno..., no sé qué más decirte..."

"¿Querés que te cuente dónde vivo? Yo vivo en Flores, ¿conocés?"

"Te voy a explicar cómo es Flores. Está la parte comercial, los boliches, las confiterías, los colegios buenos, privados, es la zona más linda; ésa es la parte donde yo vivo y es la que casi todos conocen. Pero no todo es así, está también el Bajo Flores, es una zona más pobre, más fea, más sucia y hasta un poco peligrosa, aunque no tanto; yo fui algunas veces, para acompañar a alguien, o por algún otro motivo, siempre fui de día, no sé si me animaría de noche. ¡Pero no sabés!, eso no es nada, aunque toda la gente diga: '¡Ah!, ¡el Bajo Flores!', eso no es nada comparado con que más allá hay otra zona, la Ciudad Oculta. Ahí sí que no fui nunca ni creo que me animaría jamás, y menos de noche, dicen que es terrible, que ahí sí que pasa de todo; bueno, no sé si algún día la voy a conocer."

Demás está decir que este misterioso y enigmático trozo de discurso acerca de las zonas de Flores, enunciado en ocasión de nuestro primer encuentro, y formulado justamente en el tiempo de su florecer sexual, suscitó curiosidad y una serie de interrogantes y conjeturas inquietantes.

¿A qué aludían las tres zonas de Flores?

¿Podrían ser transitadas en el proceso analítico? ¿Se permitiría a sí mismo internarse nuevamente en sus zonas más bajas, más oscuras, más profundas, esos lugares que, en su decir, él alguna que otra vez ya había recorrido? ¿Le condescendería a su analista acompañarlo en ese camino? ¿O tan sólo se animaría a mostrar sus aspectos más lindos, más limpios, más educados, los "que casi todos conocen"?

Y por último: ¿Qué había además, más allá..., en la "Ciudad Oculta"?

ENUNCIADOS IDENTIFICATORIOS

Martín era el único hijo de una pareja que se separó cuando él tenía dos años, por decisión de su padre, quien un tiempo des-

pués se volvió a casar. De este segundo matrimonio nacería el hermano de Martín.

La madre, varios años mayor que el padre, opuso una feroz resistencia a la separación, desencadenando incluso escenas de extrema violencia: *"Yo no me podía resignar a perder lo que era mío."*

Aún ahora no se resignaba, se consideraba abandonada, traicionada y profundamente herida; incapaz de abandonar su estado de duelo; llevaba desde entonces una vida monótona y solitaria, dedicada a su trabajo y a su casa, teniendo como única compañía a su hijo.

Solía decir: *"Yo ya me casé una vez, y así me fue, ahora no quiero saber más nada con los hombres."* Frase categórica y repetitiva, con la cual (según Martín) cerraba toda posibilidad de diálogo.

Lo que aparentemente enuncia el discurso materno como metáfora puede ser escuchado por el niño como una acusación definida, o hasta incluso como una amenaza. Porque el afecto siempre presente en el encuentro entre el vivenciar del niño y la formulación del enunciado no permitiría ni la modificación ni la relativización de la frase. Cuestión que no dependería sólo de lo oído explícitamente, sino también de lo implícito del discurso, de lo no dicho, y del lugar que ocupa ese niño en el deseo de sus padres; por lo cual éste podría llegar a asumir ciertas renunciaciones, simplemente a los fines de preservar su amor hacia él. Es decir que aquello tantas veces repetido en sentido metafórico en el discurso materno —*"No quiero saber más nada con los hombres"*— podría adquirir para el *infans* estatus de acusación concreta, aun cuando no sería justo atribuirle a una frase, un poder que no deja alternativa. Todo lo que puede decirse es que indica dónde cierto régimen deseante familiar ubica a un sujeto en un lugar, donde él podrá o no perpetuarse.

DEVELAMIENTO DE UN SECRETO

Sobre el final de las entrevistas preliminares, sorpresivamente, el padre incluyó una revelación impactante.

Recordó que, cuando él tenía alrededor de quince años, había sorprendido a su madre, en el altílo de su casa, en compañía de Estercita, una persona de la servidumbre que convivía con ellos desde hacia muchos años; las dos mujeres estaban en la cama, desnudas, en actitud francamente sexual. Denunciado el episodio, sintió desilusión, ya que su padre no pareció impresionarse, ni había tomado ninguna medida: *"Todo seguía igual"*, y por eso, dos años después, se fue de la casa, con la certeza de que era hijo de una madre homosexual, y la convicción de que su padre lo sabía y lo toleraba, ignorando las razones para ello.

"Yo nunca había hablado de esto con nadie."

Puede suceder que, en ese tiempo de la demanda, período de alto contenido transferencial, y cuando ya se ha creado una atmósfera de intimidad y confianza, los padres imprevisiblemente incluyan alguna revelación impactante, introduciéndonos de golpe en la contemplación de una escena, e integrando así el "dato que faltaba" para que la historia se llene de sentido.

¿Por qué había irrumpido de pronto este relato en el escenario de la consulta, modificando así sustancialmente todas sus coordenadas?

Se trataba de la evocación de un hecho que no se quería recordar, concerniente a un pasado conflictivo, un pasado del que nunca se hacía mención, pero que no por ello había sido eliminado; referido en este caso a un orden de acontecimientos destinados al olvido, a la incredulidad y al rechazo, en tanto proyectaban un efecto intranquilizador sobre las seguridades del mundo habitual, y que daba cuenta de que el pasado seguía allí, lejano y próximo, acechando el presente desde antaño.

Pero, así como no se puede prescindir del pasado por el ejercicio de la decisión, tampoco se lo puede convocar simplemente por un acto de voluntad. Por otra parte, no siempre el regreso del pasado se presenta como un momento liberador del recuerdo, sino más bien como un advenimiento, una captura del presente. Como ya afirmamos, el pasado es inevitable y asalta más allá de la voluntad y la razón, de modo que proponerse no recordar es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado. Llegado

de no se sabe dónde, tampoco permite que se lo desplace; por el contrario, obliga a una persecución, ya que nunca estará completo. El recuerdo de un hecho traumático insiste porque, en algún punto, sigue siendo soberano e incontrolable a través de sus efectos.

En el caso que nos convoca, podríamos inferir que concernía a un sujeto a quien una penuria presente le estaba oprimiendo tanto el pecho, que necesitaba, por lo tanto, liberarse a toda costa de su carga.

Es siempre desde las urgencias actuales desde donde se interroga el pasado, rememorándolo. Y, sin embargo, al mismo tiempo, es desde las particularidades de ese pasado, respetando sus coordenadas específicas, desde donde podemos intentar construir una memoria fiel acerca de lo acontecido. Se trata, en consecuencia, de un doble movimiento: por un lado, intentar recuperar la historicidad de lo que se recuerda, reconociendo simultáneamente el sentido que en su momento tuvo para los sujetos protagonistas; pero, a la vez, lograr visitar ese pasado como algo cargado de sentido para el presente.

La revelación suele iniciarse como confidencia, pero incluye un mensaje que apunta a buscar un soporte. Se trata de un testimonio que tiene un destinatario privilegiado, ya que se desliza hacia la contratransferencia y hace pie firme en la situación analítica, añadiéndole riqueza y complejidad, porque impacta y estimula al analista. Y abre, por así decirlo, la vía regia hacia sectores apartados del aparato psíquico y mantenidos al margen mediante un clivaje secreto.

EL OBJETO TRANSGENERACIONAL

Se trataba de uno de esos casos, un allegado pariente de otra generación que había cometido un acto reprensible, y que uno de los miembros de la familia guardaba en secreto, tal vez por vergüenza.

Un objeto transgeneracional es un ancestro, un antepasado que suscita fantasías o provoca identificaciones. En el discurso de

los pacientes, surge frecuentemente como una revelación inesperada, así como también en asociaciones y recuerdos respecto de los sueños. Está referido a traumas dolorosos y/o moralmente reprotables.

En el momento del encuentro amoroso, estas representaciones organizan la elección sexual. ¿Así habría sido acaso con los padres de Martín?

Pero además: ¿De qué padres se habla en el transcurso de un análisis? Los padres de los que se habla son los padres tal como están inscriptos en la realidad psíquica del sujeto, inscripción que se reconocerá en el decir del paciente y en su escucha de las interpretaciones y los silencios del analista, más allá de lo que el paciente cree que los padres son. Diferirán asimismo de los que el analista se representa a partir de la imagen propuesta en el transcurso de las entrevistas preliminares.

Hijo de una mujer impregnada de resentimiento, que insistía obstinadamente en declarar de manera reiterativa no querer saber más nada con los hombres, porque le habían hecho mal. Es decir, sus enunciados identificatorios, ese préstamo necesario y estructurante que inaugura el ser, no ofrecían una versión suficientemente sensata; una versión que pudiera garantizarle al hijo —en el registro de las identificaciones— puntos de certidumbre que le asignaran un lugar en el sistema de parentesco y en el orden genealógico. Y llamaba la atención, por otra parte, la total indiferencia con que había reaccionado frente al episodio de la violación, al que no parecía otorgarle importancia alguna.

Hijo de un hombre en el que la referencia al linaje era un fardo pesado de cargar. Recordemos la escena del altílo. *"Me fui de la casa", "me hice solo"*. Del mismo modo, Martín sería separado de la casa a continuación del incidente, al ser considerado potencialmente peligroso. Un padre incapaz de asumir una posición identificatoria susceptible de sostener un sistema de parentesco no sometido a lo arbitrario, incapaz de proteger al hijo de la tentación homosexual, y de reducir, llegado el caso, el impacto de una problemática materna alienante.

ESTRUCTURACIÓN DE LA IDENTIDAD Y TRANSMISIÓN GENERACIONAL

¿Cómo lograría Martín, un joven en vías de estructurar su identidad, enfrentarse a la diferencia de sexos, y asumir su lugar en el sistema de parentesco y en el árbol genealógico?

Ahora bien: ¿Qué sabía Martín de estos antepasados? Tan sólo que su abuelo había muerto y que poco después la abuela se había ido a vivir a Italia con su empleada, y nunca más se supo nada... *"No sé, a lo mejor también se murió, yo no los conocí; nunca hablamos de eso."*

Historias que se superponen y se cruzan a los 15 años. La del padre, la que remite a una madre que se revelaría homosexual; la del hijo, la que subyace como telón de fondo del acto de violación homosexual hacia su hermano.

Se trataba entonces de un acto que, al igual que un recuerdo encubridor, conservaba todo lo esencial de la escena pero en una versión tergiversada. Como si Martín hubiera obrado a la manera de un sonámbulo que ejecuta una orden post-hipnótica.

Ante la incertidumbre de su identidad (sexual), solía preguntar-se a gritos en sesión: *"¿Por qué, por qué lo hice? ¡Te juro que me gustan las pibas! Yo no soy 'puto', jése no soy yo! Y lo peor de todo es que esto que pasó no se lo puedo contar a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo. ¡Qué vergüenza!"*

Si bien el yo se constituye en la infancia, tampoco cabe suponer que hay un solo acto de fundación, y que a partir de entonces ya se mantendrá eternamente. Como tampoco la identidad es un estado establecido, sino más bien una búsqueda permanente del yo, que requiere recibir alguna clase de respuesta desde el reflejo de la realidad y del objeto. De modo que la presencia del otro no sólo es fundante, sino que es esencial tanto para el mantenimiento de la identidad, como para las sucesivas transformaciones.

Ahora bien, las "certidumbres" de la identidad se suelen desmoronar en momentos críticos de la vida, por lo cual la adolescencia se constituye en un tiempo privilegiado para ello (pero igualmente podría suceder ante otras circunstancias, como una

tempestad afectiva, un duelo, un traumatismo externo, un daño corporal, sucesos todos que vienen a perturbar una frágil armonía que se creía lograda). Y con cierta frecuencia, frente a lo que implica la salida a un nuevo contexto, tal como es el ingreso en la adolescencia, podría también sobrevenir el pasaje al acto.

Ya que la adolescencia puede ser considerada como un crisol en el que se condensan los tiempos, y los sentidos fluyen o se detienen; en que continuidad y cambio pueden o no emerger como par dialectizado. Época por excelencia también de proyección hacia el futuro, proyección que requiere un tiempo en movimiento, un tiempo que ligue los tiempos, y que asimismo se apropie del pasado generacional en tanto ideal, valores, tradiciones, para poder crear y producir futuro a la hora de la colusión conflictiva con lo actual.

Y será siempre en un momento crítico de la historia de cada sujeto, cuando emergerán e insistirán las cuestiones de la transmisión y la necesidad de darse una representación de ella, en el preciso momento en que se instaura entre las generaciones la incertidumbre sobre los vínculos, los valores y los saberes por transmitir sobre los destinatarios de la herencia.

En el caso de Martín, el accionar había tomado la delantera, la palabra había trastabillado, y algo del orden de lo vivenciado se había deslizado a través de los cuerpos, burlando lo decible.

Acto-síntoma, entonces, en el que él no se reconocía, y que resultaba incomprensible tal vez a causa del carácter críptico de la referencia al objeto transgeneracional.

Afirma G. Rosolato, refiriéndose a los lazos de filiación: *"La reproducción sexual corre pareja con otra reproducción, una transmisión cuyo principal mecanismo es la identificación del niño con sus padres"*. A lo cual podríamos agregar que también con los padres de sus padres. Mensaje necesario y estructurante de los orígenes arcaicos de la especie. El superyó de los padres que ofrecen su modelo para la edificación del superyó del niño. Pero este mensaje suele estar ausente cuando uno de los padres está investido por un fantasma.

Hace muchos años, Lagache decía: *"El modelo de relación intersubjetivo para los niños por llegar existe antes de nacer. Antes*

de existir en él mismo, para él mismo y por él mismo, el niño existe por y para los otros." La personalidad del niño es pues modelada o deformada, no solamente por el intento de imitar a sus padres, sino también por el de imitar los ideales de sus padres. La identificación, escribió Freud en sus primeras reflexiones sobre el tema (en *La interpretación de los sueños*), no es una simple imitación, sino más bien una apropiación sobre la base de una misma reivindicación etiológica; expresa un "como si" y deriva de un elemento común que persiste en el inconsciente.

En "Tótem y tabú", Freud examina el problema de la transmisión, planteando una continuidad en la vida de sentimientos del ser humano. *"La sofocación más intensa (de nociones anímicas) necesariamente dejará espacio a unas nociones sustitutivas desfiguradas y a unas reacciones que de ello se siguen... Ninguna generación es capaz de ocultar a la que sigue su procesos anímicos de mayor sustantividad."*

Varios años después, apela a la "herencia arcaica" para dar cuenta del enlace entre la huella mnémica y la inscripción cultural de la tradición o, dicho de otro modo, entre el individuo y las generaciones. Formula entonces la tesis de que la "herencia arcaica del ser humano no abarca sólo predisposiciones sino también contenidos, huellas mnémicas de lo vivenciado por generaciones anteriores". Pero se pregunta de qué forma esto deviene activo, llegando a la conciencia de manera desfigurada. A lo que se responde que el acontecimiento hubo de tener suficiente importancia, repetirse con frecuencia o ambas posibilidades a la vez.

La noción de "nachträglich", solidaria de las nociones de temporalidad, causalidad y memoria en sentido psicoanalítico, sirve como puente para pensar la transmisión generacional. El modelo freudiano de historia retroactiva, conjugando pasado, presente y futuro, articula la repetición con la diferencia.

Así lo entienden también M. Baranger, W. Baranger y J. Mom (1987), cuando afirman: *"Con el concepto de 'nachträglichkeit', Freud abandona el modelo de causalidad mecánica y la temporalidad lineal según el vector pasado-presente a favor de un concepto dialéctico de la causalidad y de un modelo 'en espiral' de la*

temporalidad, donde el futuro y el presente se condicionan y significan recíprocamente en la estructuración del pasado."

SÍNTOMA-ACTO Y RESIGNIFICACIÓN

Sabemos que una construcción es prematura si no respeta las asociaciones del paciente y se basa exclusivamente en una deducción proveniente de la teoría del analista. Aunque fuera cierta y coincidiera. Es como una interpretación fuera de contexto. En cambio, si es el sujeto mismo el que la construye, aquello que era acto sintomático puede, a través de la interpretación, pasar a ser un acto creativo.

Y la validación de la conjetura estará en el movimiento de apertura que pueda producir.

El padre, mediante su confidencia, había hecho emerger algo silenciado del pasado, que tal vez podría dar cuenta de un hecho del presente; había aportado una clave de acceso a un material desconocido para su hijo, pero que podría servir para abrir un camino que quizá conduciría hacia una verdad psíquica.

Y que tal vez confiriera sentido a ese enigmático trozo de discurso formulado por Martín en su primera entrevista: *"Más allá..., la Ciudad Oculta."*

¿Acaso en esa misteriosa y peligrosa "Ciudad Oculta" habitaba y acechaba el fantasma de su abuela pugnando por emerger?

Lo cual llevaba a plantearse también otros interrogantes: ¿Cómo pensar la repetición de un hecho no conocido, repetido además a la misma edad? ¿Cómo pensar la reproducción de una escena que había sido apartada y bloqueada? ¿Se trataba acaso de una cadena traumática transgeneracional?

En lo actual, Martín no había desplegado un relato en palabras, sino que más bien se había expuesto en un actuar, en un actuar que fijaba el tiempo rompiendo la diacronía de las relaciones de parentesco. Una puesta en juego de lo irrecordable, una puesta en acto de fragmentos sustraídos al campo de la significación y opuestos a la noción de historia.

Por otra parte, este acto conectado con aquel hecho, que ya había alterado la confianza familiar en la generación anterior, estaba a su vez causando estragos en la actual, en el seno de esta nueva configuración familiar.

Por lo cual padre e hijo deberían internarse en transitorias situaciones de incertidumbre, pena y ternura, hasta que se pudiera instalar gradualmente un nuevo reordenamiento de los lugares familiares, incertidumbre que también concernía a la futura identidad sexual del joven.

Se haría necesario superar una cuestión que había quedado en suspenso en la generación anterior. Un contenido psíquico depositado en este hijo, marcado de este modo por el funcionamiento psíquico de un ancestro que no conoció, pero cuya vida psíquica había marcado con fuerza a su padre.

Es sabido que un progenitor acaparado por un acontecimiento traumático pasado no elaborado está poco disponible para el hijo, como ya lo describiera magistralmente A. Green (1980), a propósito del complejo de la madre muerta. Y en este caso se trataba de un padre, impregnado de dolor y de vergüenza, a causa de acontecimientos pretéritos.

Y, como no basta con descubrir un efecto fantasma para que éste se disuelva, será tarea de cada generación poder "traicionar" la historia heredada al traducir la historia de los antepasados, hasta lograr crearla de nuevo a partir de lo viejo pero, esta vez, en términos propios.

Mucho se ha hablado sobre la importancia de la prematuración del *infans* para explicar la función anticipatoria del otro. Porque es preciso no olvidar que el niño, mucho antes de adquirir las funciones psíquicas adecuadas, vive en un mundo que lo acompaña y acompañará siempre, constituyendo experiencias formadoras o deformadoras. Eso que Winnicott, con la sencillez y la profundidad que lo caracterizaron, llamó ambiente facilitador o perturbador. Es decir, la historia "siempre ahí", antecediendo a todo sujeto singular, encarnada en la cultura, en narrativas y mitos familiares, en silencios o en enunciados. Pero también es preciso no olvidar que es el niño el que construye ese mundo que habita, que no es sólo reproducción sino además creación permanente.

EL ESCENARIO DE LAS IDENTIFICACIONES EN LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

Volvamos a Martín y a nuestros interrogantes: ¿Cómo se transmiten sentidos en esta historia? ¿Cuál es el lugar de la repetición? ¿Podemos verdaderamente equiparar la subjetividad de este joven con la de una abuela a la cual no ha conocido?

Desde un punto de vista psicoanalítico, tenemos que admitir el rol psíquico de los abuelos en la evolución de cada ser humano, no tanto en razón de una acción real directa sobre la existencia de sus nietos, sino más bien a nivel de primeros organizadores de una situación edípica con múltiples ramificaciones. Lo cual les otorga una posición fundamental y fundante en los lazos inconscientes que, a través de las generaciones, caracterizarán la organización psíquica del sujeto.

Aun así, se hacía necesario resistir la tentación de suponer que la escena del altillo protagonizada por la abuela, sin importar cuál fuera la pregnancia de fascinación traumática que adquiriría en el recuerdo y en el relato del padre, fuera la causa última del intento de violación hacia su hermano. Ya que su acto síntoma podía estar también al servicio de castigar a un padre, abandonante de su madre y de él mismo, en la persona de su hijo menor, quien constituía al mismo tiempo un rival importante para él. Asimismo, podría haber actuado identificado con una madre rabiosa, una mujer deseosa de perjudicar a su exesposo por haberla descartado, infligiéndole un daño al hijo que él tuvo con otra mujer.

En los terrenos de la identificación, la sobredeterminación característica de los fenómenos psíquicos reina todavía con más intensidad que en ninguna otra parte, de modo que ninguna hipótesis es garantía de explicación concluida. Múltiple determinación en los complejos movimientos que llevan a la construcción de todo acto o síntoma, juego dialéctico entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo; también sucesos como el relatado —juegos sexuales entre hermanos, primos o amigos— suelen ocurrir con relativa frecuencia en la adolescencia, sin fijeza ni exclusividad.

Parece saludable, entonces, resistir la tentación de suponer, en esta historia, que el acto presenciado por el padre de Martín, es de-

cir, la dolorosa revelación de la homosexualidad de su propia madre, así como la posterior decepción frente a la pasividad o la complicidad de su padre, fueran la causa última del acto en el que este joven no se reconocía. Porque no existen los hechos causales aislados, no importa cuál fuere la pregnancy fascinante que adquirieran en el relato. Podemos sí considerar circunstancias de posibilidad, y entonces conjeturar que en la constitución subjetiva de Martín, entre todas las condiciones posibles iniciales, aquellas que se referían al episodio de la abuela y a las cuestiones puestas en suspenso en el discurso familiar conformaron el inicio de un proceso.

Interrogantes, conjeturas, hipótesis, que tan sólo podrían ser develadas cuando ya Martín, transitando el proceso analítico, y transferencia mediante, emprendiera el recorrido a través de sus zonas internas de "Flores". Largo, difícil y tortuoso laberinto que debería atravesar, cargando sus marcas a cuestas en la búsqueda de su identidad sexual. Camino al servicio del desprendimiento y la diferenciación, que podría finalmente conducirlo a convertirse en artífice y escritor de su propia historia.

EL TRÁNSITO ANALÍTICO

Itinerario que Martín emprendería, sobre todo, a través del relato de sus fantasías y de sus sueños, los cuales eran traídos por escrito la mayoría de las veces.

El material escrito de un paciente puede llegar a la sesión de muy diversas maneras, que van desde una forma totalmente espontánea hasta, en el otro extremo, por una incitación expresa del analista, que utiliza este procedimiento con ciertos beneficios terapéuticos en adolescentes muy silenciosos. En el caso que nos convoca, el escrito comenzó a ser traído a la sesión sin mediar un pedido manifiesto, fue Martín el que tomó la iniciativa, y este material pudo ser aprovechado como vía de acceso para acercarse a su inconsciente, pero también como recurso regio para él mismo, porque le permitió la ampliación de su mundo interior a través de un espacio en el que pudo proyectar partes de su yo, amortiguando al mismo tiempo su retorno amenazador.

Se trataba de un paciente que había llegado buscando alivio, pero que también quería saber, y así quedó configurado un marco-espacio para este encuentro de trabajo entre dos. Él lo prolongaba, lo extendía escribiendo a solas, aunque aun así continuaba permaneciendo en el marco de la intersubjetividad, puesto que luego los entregaba. Evidenciaban, sin duda, su dificultad de poder verbalizar "lo que pasó", pero al mismo tiempo su imperiosa necesidad de comunicarlo. Todo lo cual indicaba una intensa transferencia positiva desplegada sobre un objeto actual confiable, una intimidad compartida, y se constituía en vehículo de un encuentro interpersonal.

¿Podríamos considerar en este caso la escritura como el reflejo de capacidades sublimatorias? ¿Sería necesario, por el contrario, ordenarla en el cuadro de los mecanismos de defensa en el sentido más estricto del término? ¿O se trataba de una forma entre otras de pasaje al acto, de una suerte de síntoma del comportamiento?

Este paciente, al escribir, reencontraba algo de esa tentativa de dominio no solamente sobre la imagen de sí mismo, sino también sobre los efectos que ello podría producir en otros; y sus escritos, testimonios-confidencias, tenían un destinatario particular, específico, y constituían en ese sentido un sostén precioso en el interior de su proyecto identificadorio, reflejando la incertidumbre respecto de su identidad y la inquietud que sentía ante su imagen.

Además, más allá de las circunstancias de cada proceso psicoanalítico en particular, que otorgarán al escrito un sentido individual, el acercamiento del material escrito para ser mostrado al analista guarda también una relación de continuidad y contigüidad con el momento de la creación, ya que el espacio-encuadre de la sesión está relacionado con el espacio transicional en el que Winnicott ubica la experiencia cultural, aquel que se genera una vez que se ha introyectado la confiabilidad del objeto.

Su acto de escritura ocupaba un lugar muy particular en su economía libidinal, en su proyecto identificadorio, y en la versión que se iba formando de su propia historia; como si estos escritos retomaran y prolongaran la novela familiar. La "novela familiar", como una de las fantasías típicas, constituye un buen ejemplo de

cómo la identificación constitutiva no es capturable exclusivamente bajo el modelo de la alienación, ya que refleja la construcción de narrativas que redefinen y apropian justamente los temas básicos de filiación e identidad. La novela familiar y las teorías sexuales infantiles, construcciones autónomas del yo, tienen que ver justamente con esas respuestas que el sujeto debe aportar sobre su origen.

De modo que, merced a estos escritos, se pudo asistir a un proceso que hundía su raíz en las fantasías inconscientes y cristalizaba en los procesos del pensamiento. Y constituyó una de las respuestas posibles frente a una pregunta imposible de evitar, pues su desafío concernía a su identidad. Martín descubrió así, por primera vez, la posibilidad de reivindicar su imagen al colorearse a sí mismo, al formarse a medida que se escribía, hasta lograr finalmente poner en discurso hablado "lo que pasó" y, al sentirse así aliviado, pudo iniciar un proceso que daría lugar al nacimiento de una nueva identidad.

De tal modo, en este caso, el sentido del acto de escribir, así como el contenido de los escritos, resultaron de utilidad y aplicación en el análisis, y se pusieron al servicio de la "escritura" de su propia versión de su historia.

Según afirman M. Baranger, W. Baranger y J. Mom (1987): *"Esta construcción o reconstrucción de la historia es un proceso sin fin, como se comprueba en cualquier análisis, donde la historia muy pobre y 'tartamuda' de la repetición es sustituida por historias sucesivas más ricas, matizadas y con apertura hacia el futuro."*

Y a propósito de historias "tartamudas": Martín tartamudeaba al inicio de su análisis, dificultad ésta que le producía dolor, sufrimiento y vergüenza. Sabemos que la tartamudez es un trastorno del habla caracterizado por "repeticiones" o bloqueos.

CONCLUSIONES

En el devenir del análisis, el sujeto comenzará poco a poco a construir una historia —tarea jamás terminada—, que no tiene por qué ser la misma que le fuera otorgada.

Decía Freud (1937): *"El camino que parte de la construcción del analista debía culminar en el recuerdo del analizado; ahora bien, no siempre lleva tan lejos. Con harta frecuencia, no consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello, si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza en él una 'convicción' cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado."*

¿Pero cómo recordar aquellos hechos que no se han experimentado, es decir, como recordar lo vivido por otros?

A veces los padres nos "ahorran", por así decirlo, el trabajo de la construcción, nos entregan "a priori" un conocimiento que va a ser resignificado "a posteriori". Nos proveen una información de algo ocurrido en el pasado de un ante-pasado. En ningún caso va a ser recordado por el paciente, ya que tampoco fue olvidado —no se puede recordar lo que nunca se vivió—, es algo del orden de otra generación, pero que puede llegar a tener una acción eficaz, identificación mediante.

La búsqueda del tiempo de los orígenes y la interpretación de los fantasmas de identificación constituyen un tránsito posible en el análisis; largo, difícil y tortuoso camino donde son muchos los que se detienen antes de la línea de llegada. En efecto: ¿Cómo asumir el doloroso reconocimiento de saberse habitado por otro?

Y surge una pregunta imposible de eludir: ¿Es conveniente reconducir al paciente hacia un pasado que convoca fantasmas? A lo que Freud respondería desde la "Dinámica de la transferencia" (1912): *"Nadie puede ser vencido in absentia o in efigie."*

Cabe suponer que se volverán más inofensivos, menos invasores, al ser reubicados con categoría de pasado, al diferenciar las generaciones. Y entonces, poco a poco, se irán desvaneciendo en el espacio mental excesivo que ocupaban, para volver a ocupar el lugar que les corresponde en la distribución de conflictos.

La marcha de un proceso analítico implica una construcción de la memoria, la activación de un eje temporal que requiere, como decía P. Aulagnier (1991), una confirmación recíproca de su legitimidad a través de otro autor. La transferencia coloca en ese rol al analista.

Comenzar la historia desde cero: "Había una vez..."

Esa frase que la sabiduría popular decantó para los cuentos infantiles, porque esa vez es una de las tantas en que todo ocurre como siempre, pero ocurre "de nuevo" en una vez, que es ésta, y sólo ésta, para ese protagonista. Y la verdad del cuento, como la verdad de la construcción o del recuerdo, trasciende el sentido de aquel hecho ocurrido en aquellos tiempos pretéritos.

Y POR ÚLTIMO

Se ha descrito una situación que se presenta con mucha frecuencia en el psicoanálisis de niños y adolescentes. Mas no por ello es la única.

No se puede dejar de hacer constar que existen otras múltiples variables, por ejemplo:

- Los padres recién develan alguna historia "oculta" en un tiempo posterior, habiendo avanzado ya un buen trecho el análisis.
- Esto ocurre espontáneamente o a instancias de interrogantes que comienza a plantear el paciente.
- Los padres no revelan historia alguna. Los hijos nunca preguntan.

Tal vez no haya historia "oculta", o no querrán jamás confesar-nos aquello que ignoramos y ellos saben.

Mas todas estas variables, y muchas otras, constituyen, sin duda, "otras historias".

— VII —

Padecer por otros

Conceptualizaciones a partir de la consulta por un niño

INTRODUCCIÓN

Para que un sujeto advenido al mundo construya su psiquismo, para que organice su mundo interno, es vital que pueda apoyarse en el funcionamiento psíquico de las personas que constituyen su entorno, es decir, en primer lugar, sus padres, quienes le van a dar un lugar al recién llegado; lugar en la familia actual y lugar en la sucesión de generaciones.

Le transmitirán sus maneras de experimentar y de pensar el mundo, sus vivencias y su relato de la historia de la familia. Y sobre esta base el niño edificará su propia individualidad.

Como destaca R. Kaës (1985), la perspectiva abierta por Freud en "Introducción al narcisismo" hace del sujeto singular el eslabón, el servidor, el beneficiario y el heredero de la cadena intersubjetiva de la que procede.

Cada recién nacido es portador de una misión, la de tener que asegurar la continuidad de la generación, según un modo particular que le es asignado con arreglos a los términos de un contrato, que Aulagnier (1975) designó como pertenecientes a la economía narcisista. El contrato narcisista descrito por ella corresponde a los deberes que el niño tendrá que cumplir, a cambio de la investidura de la que será objeto por parte de las figuras parentales. El niño tendrá la misión de perpetuar la cadena generacional, asegurar la perennidad de la identidad familiar, fortalecer su narcisismo.